

Conneau, éste hizo todos los esfuerzos posibles para disuadirle. El fracaso parecía inevitable, y hasta se preguntaría cómo un hombre podía ser bastante temerario para intentar semejante empresa. Si se pasa la vista por un plano de la fortaleza de Ham, se verá que el medio de que el prisionero se valió para salir, sin estar en connivencia con ningún carcelero ni soldado, raya en lo milagroso. Solamente circunstancias fortuitas, de las que Luis Napoleón se aprovechó con una audacia y una sangre fría inusitadas, pudieron hacer posible tal milagro.

La prisión del príncipe, guardada por tres carceleros, de los cuales dos estaban siempre de centinela, hallábase situada junto al cuartel, cerca del torreón y en el fondo del patio. Para poder salir por la única puerta de la fortaleza, era preciso, pues, primeramente pasar por delante de los dos carceleros, cruzar el patio en toda su longitud, deslizarse por debajo de las ventanas del gobernador, que se alojaba junto al puente levadizo, y franquear el postigo, donde se hallaban un soldado de plantón, un sargento, un portero, un centinela y, por último, una guardia de treinta hombres. Que el príncipe tuviese la idea de irse solo, en pleno día, delante de todo el mundo, era una eventualidad tan extravagante, tan inconcebible, que los carceleros más recelosos no la hubieran considerado como admisible, y ni el mismo prisionero habría pensado en tal cosa jamás á no mediar una circunstancia muy especial. En el instante en que preparaba su proyecto, se había puesto á disposición del gobernador de la fortaleza una suma de seiscientos francos para efectuar en el alojamiento del príncipe y en la escalera que á él conducía algunas reparaciones indispensables. Desde entonces hubo continuas idas y venidas de obreros por el patio, y Luis Napoleón observó que se les examinaba cuidadosamente al entrar, pero mucho menos al salir. Esto fué para él un rayo de luz, y tomó la extraña resolución de disfrazarse de obrero y salir del fuerte en pleno día.

XXVIII

LA EVASIÓN

El príncipe ha fijado su evasión para el 25 de mayo: el 26, los obreros habrán terminado sus trabajos; pero la víspera estarán aún allí todos, y el gobernador de la fortaleza, un poco indispuerto desde hace algún tiempo, se levantará más tarde que de costumbre. Estas son dos circunstancias que es preciso apresurarse á utilizar. El 24, al dar el príncipe las buenas noches al general de Montholón y á su señora, los abrazó con una emoción que estuvo á punto de descubrirle; pero ni uno ni otro podían sospechar lo que se preparaba.

El 25, el abate Tirmache, cura de Ham (que será bajo el segundo Imperio obispo y capellán de las Tullerías), debía decir misa en la fortaleza, en la habitación del piso bajo que servía de capilla, y muy de mañana el príncipe le escribió y envió la siguiente carta: «Señor deán: Quisiera que tuviese usted la bondad de aplazar hasta mañana ó pasado la misa que se proponía celebrar hoy en el castillo, pues habiéndome levantado con fuertes dolores, me veo obligado á tomar un baño para calmarlos.»

Son las seis y media de la mañana: los obreros han comenzado su trabajo ya y ocúpanse en restaurar las pinturas de la escalera. En el mismo instante, el príncipe acaba de disfrazarse. Entre los documentos de las Tullerías, después de la revolución del 4 de septiembre, se encontrará la cuenta de los efectos que sirvieron para este disfraz, y cuyo importe se elevó á veinticinco francos. Es un verdadero traje de trabajador: el prisionero se pone sobre su levita una blusa azul manchada de yeso; en la cabeza una peluca negra con largos cabellos y una gorra que se ha frotado con piedra pómez; se calza unos zuecos que le hacen parecer más alto; se oscurece el rostro, y para transformarse completamente se corta el bigote. El futuro emperador tiene ahora el aire de un verdadero albañil.

«Yo mismo, debía decir más tarde el doctor Conneau, 'no habría reconocido al príncipe en el obrero así equipado, si le hubiese visto en alguna parte.» Bajo sus ropas el prisionero guarda una cartera que contiene dos cartas, una del emperador, su tío, y otra de la emperatriz Josefina, su abuela, cartas que lleva siempre consigo porque las considera como talismanes. Es una grave imprudencia, pues si se detuviera al fugitivo en el camino, estas cartas bastarían para que se le reconociera. Pero ¿qué importa? Supersticioso y fatalista, el cautivo se abandona á su suerte.

Una vez completo su disfraz, Luis Napoleón se pone en la boca una pipa y se echa al hombro una larga tabla de madera blanca, que es un estante de su biblioteca, en la cual se halla inscrita la letra N. Es la inicial del nombre de Napoleón, y el príncipe imagina que esto le deparará suerte. Como él mismo dirá más tarde, aquella tabla llegará á ser *su tabla de salvación*.

Ha llegado el momento de marchar, mas los obreros están siempre en la escalera, donde trabajan, y si el príncipe pasa por delante de ellos, se preguntarán quién es aquel compañero á quien no conocen. ¿Cómo alejarlos? Carlos Thélin los llama y les ofrece de beber; aceptan, y pasan á una sala del piso bajo, donde apuran varias botellas. Thélin los deja un momento, sube precipitadamente á la habitación de su amo y le dice que ha llegado el instante de marchar; pero los dos guardianes, llamados Dupin é Issali, están de centinela á la puerta. ¿Cómo burlar su vigilancia? Thélin, que ha vuelto á bajar, habla con ellos y les dice que el príncipe ha estado seriamente indispuerto durante la noche.

En el mismo instante Luis Napoleón sale de su aposento. En la escalera se encuentra con un obrero, y ya se dispone á retroceder; pero el doctor Conneau le empuja, y diciéndole en voz baja «¡Adelante!», el prisionero llega por fin al pie de la escalera, donde se encuentra frente á frente con uno de los guardianes; pero le pone la tabla delante del rostro y pasa. Amante de lo novelesco y ávido de emociones, á pesar de su aspecto flemático, experimentaba un amargo placer al arrostrar el peligro y al decirse: «Si la evasión fracasa, no sobreviviré al ridículo; pero si escapo, llegaré á ser dueño de Francia.»

Y hele aquí ya en el patio, que debe atravesar en toda su longitud. Siempre pone la tabla delante de los centinelas y de las otras personas que encuentra: al cruzar por delante del primero, deja caer su pipa, y detiéndose un instante para recoger los pedazos, prosiguiendo después su marcha. Luego tropieza con el oficial de guardia; pero éste, que se dispone á leer una carta, no fija en él la atención. El fugitivo pasa por debajo de las ventanas del gobernador, junto á la única salida de la fortaleza, sin que hasta entonces le haya reconocido nadie; pero ¿sucederá lo mismo en la puerta? Los soldados parecen admirarse del aspecto del falso albañil, y el tambor vuelve la cabeza varias veces; pero los centinelas abren la puerta, y he aquí al fugitivo fuera de la fortaleza. Sin embargo, apenas ha salido, encuentra dos obreros que se dirigen hacia él mirándole con atención; al punto coloca su tabla del lado de ellos, aunque temiendo no poder esquivarlos; pero los dos exclaman de pronto: «¡Es Bertrand!» ¡Ya está salvado!

Carlos Thélin ha marchado poco después que su amo, teniendo cuidado de advertir que tardará en volver, á fin de que la prolongación de su ausencia no despierte sospechas. Corre hacia Ham en busca del cabriolé apalabrado la víspera en casa del alquilador Fontaine, en el cual debe ir para reunirse con su señor en el camino de San Quintín, y entretanto el príncipe se dirige á este punto á pie.

Al salir de la fortaleza, Luis Napoleón ha seguido la muralla hasta la puerta llamada de San Quintín, tomando después el arrabal de San Sulpicio y luego el camino real. Ha pasado por delante del cementerio de Ham, dando aquí gracias al cielo. El 6 de junio siguiente escribirá á M. Vieillard: «Cuando á media legua de Ham me hallé en el camino, esperando á Carlos, frente á la cruz del cementerio, caí de rodillas ante ella y dí gracias á Dios.... ¡Ah, no se ría usted! Hay instintos más poderosos que todos los razonamientos filosóficos.» El príncipe abandona la tabla de que se ha servido con tan buen éxito; arrójala en el camino delante del cementerio de Ham, y después, sentándose á orillas de una zanja, cuenta los minutos, preguntándose cuándo llegará Thélin. Al fin ve un vehículo que avanza: es el cabriolé, al que se apresura á subir con su fiel servidor, y en menos de media hora llegan á San Quintín.

Á la entrada de la ciudad, el príncipe se apea del coche; oculta en un foso, á la derecha del camino, su ropa de obrero, y á pie da vuelta á la ciudad *extra muros*, mientras que Thélin va en busca de otro coche. Amo y criado han convenido en reunirse de nuevo en el camino de Valenciennes, como así se hace. Los dos suben al coche alquilado en San Quintín, á eso de las tres y media llegan á Valenciennes, y aquí se apean en la estación del camino de hierro, donde durante dos horas, que les parecen muy largas, esperan el tren para Bruselas. Durante un momento el príncipe teme ser descubierto y naufragar en la orilla, porque Thélin oye que le llaman por su nombre en alta voz. ¿Quién le habla así? Es un antiguo gendarme de Ham, ahora empleado del camino de hierro; este individuo pregunta por el príncipe y entabla una larga conversación; pero las alarmas se desvanecen al fin, pues no ha reconocido á Luis Napoleón. El fugitivo sube con Thélin á un coche del tren, y franquea la frontera sin que le inquieten. El gobierno de Luis Felipe no tiene ya acción sobre el príncipe.

Pocos días después, el prisionero evadido escribió á un republicano, redactor en jefe del *Progrès du Pas-de-Calais*: «Mi querido Degeorge: Si experimenté un vivo sentimiento de alegría al verme fuera de la fortaleza, también me produjo muy triste impresión traspasar la frontera. Para decidirme á salir de Francia era necesaria la certidumbre de que el Gobierno no me pondría jamás en libertad si no consentía en deshonrarme; era preciso, en fin, que me impulsase el deseo de intentar todos los medios para consolar á mi padre en su vejez.... Aunque libre, me considero muy desgraciado.... Si podéis, procurad ser útil á mi buen Conneau.»

Veamos ahora lo que pasa en la fortaleza de Ham en la noche del 25 de mayo. Durante todo el día, el doctor Conneau ha experimentado casi tantas emociones como el mismo fugitivo. Es esencial que transcurran algunas horas sin que se recele su fuga, pues si se pudiera sospechar, enviarían por telégrafo órdenes á las autoridades de San Quintín y de Valenciennes para detener al príncipe. Lo que se necesita ante todo es ganar tiempo é impedir que nadie entre en la habitación vacía. El doctor ha colocado en el lecho una especie de

maniquí formado por un capote y un pañuelo; dice que el príncipe padece mucho; que se ha purgado por la mañana para acostarse de nuevo; que ahora duerme después de una noche de insomnio y que se debe respetar su sueño.

El gobernador Demarle no comienza á concebir vagas sospechas hasta cerca de la noche, y dice al doctor Conneau á las siete: «Si el príncipe está enfermo, dad el parte; no se le ha visto en todo el día, y yo he venido tres veces. Quiero entrar.» Y se aproxima á la puerta que conduce á la alcoba; mas en el momento de entreabrirla se oye un redoble de tambor. «Esto despertará al príncipe, exclama entonces el gobernador; creo que se ha vuelto á la cama.» M. Demarle entra en la habitación, se acerca al maniquí, creyendo que es el príncipe Napoleón, y dice: «Me parece que no le oigo respirar.» Un instante después, echando de ver que en el lecho no hay más que un maniquí, exclama: «¿Qué significa esto? ¿Es una burla? ¿Dónde está el príncipe?»

— ¡Diantre!, contesta el doctor; inútil es ocultároslo más tiempo: el príncipe se ha marchado.

— ¡Marchado! ¿Cómo? ¿Adónde?

— Me dispensaréis, porque esto es un secreto. He cumplido con mi deber; cumplid con el vuestro y buscad.

— Pero al menos, decidme á qué hora se fué.

— A las siete de esta mañana.

— Está bien, caballero; volved á vuestra prisión.

En el mismo instante, al saber que Luis Napoleón había salido de la fortaleza sin despedirse de él, el general de Montholón, su compañero de cautividad hacía cerca de seis años, no solamente quedó asombrado, sino también muy resentido; pero le entregaron de parte del príncipe esta carta de consuelo: «Querido general: Os extrañará mucho la decisión que acabo de tomar, y más aún que después de tomarla no os haya prevenido de antemano; pero creo que valía más para vos ignorar mis proyectos, que tan sólo datan de hace pocos días, y además estoy convencido de que mi fuga no puede menos de seros ventajosa á vos y á los otros amigos que dejaré en la prisión. El gobierno os retiene solamente por causa mía, y cuando vea que no trato en modo alguno de servirme de mi libertad contra él, espero que abrirá las puertas de todas las prisiones.... Creed, general, que siento mucho no haber ido á estrecharos la mano antes de marchar; pero esto me hubiera sido imposible, porque mi emoción habría dado á conocer el secreto que yo quería guardar.... Os escribiré apenas haya llegado á sitio seguro. Adiós, querido general; recibid la expresión de mi amistad.» Algunas semanas después, el general Montholón obtenía gracia del rey Luis Felipe y recobraba su libertad.

El 9 de julio, el gobernador Demarle, el doctor Conneau y los dos guardianes Dupin é Issali comparecían ante el tribunal correccional de Perona, como acusados de complicidad en la evasión del príncipe. Al día siguiente se dictó sentencia: el tribunal absolvió al gobernador y á los dos guardianes; Carlos Thé-

lin fué condenado por contumacia á seis meses de prisión, y el doctor Conneau á tres. Como ha dicho M. Fernando Giraudeau, el doctor hubiera sufrido de buena gana una pena diez veces mayor con tal de salvar á su príncipe, y jamás se vió un condenado más alegre.

En Francia gusta la audacia, y los prisioneros políticos que consiguen escaparse interesan siempre al público. Las mismas personas que habían ridiculizado la intentona de Boulogne aplaudieron una evasión inverosímil á fuerza de ser atrevida. Los individuos de todos los partidos de oposición se rieron mucho de la jugarreta consumada por un príncipe disfrazado de albañil; era como una novela que excitaba la atención general, pero cuyas consecuencias nadie hubiera podido aún adivinar.